

# REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NTRA. SRA. DEL ROSARIO

La responsabilidad de los ar-  
tículos pertenece al autor.

Tarifa reducida en el servicio  
postal interior. Lic. N.º 118.

RECTOR: D. D. J. V. CASTRO SILVA

REDACCION: EDUARDO CARRANZA - ADMINISTRACION: J. E. PATIÑO LINARES

Volumen XXXIV - Bogotá, Septiembre, Octubre y Noviembre de 1939 - Nos. 334 a 336



## El desorden espiritual de nuestro tiempo <sup>(1)</sup>

Excelentísimo señor Presidente de la República, Patro-  
no del Colegio, señor Ministro de Gobierno, respetable Claus-  
tro, señoras, señores:

El año presente concluye en la forma y por los trámites  
habituales, y en apariencia no se distinguen estos ritos úl-  
timos de los que tantas veces han servido de coronamiento a  
los diez meses de labores que constituyen el período lectivo.  
Hoy, como en otras ocasiones, estamos reconsiderando lo que  
ha sido nuestra actividad a través del tiempo y lo que con  
ella adquirimos o afianzamos. Pasa el tiempo de diversa ma-  
nera para los que ya empiezan a ver ensombrecido su hori-  
zonte con las lumbres misteriosas del crepúsculo vespertino,  
aposentador de la última noche; pasa el tiempo de otra ma-  
nera para vosotros los que con más o menos conciencia de la  
vida, os regocijáis con su madrugada que es la niñez o con el  
sol mañanero que es la juventud. A aquéllos los pone en tran-  
ce de meditación, siempre grave, y en ocasiones amarga, a  
éstos les deja de ordinario promesas halagüeñas y esperan-  
zas tanto más exultantes cuanto más remotas y cuanto me-

(1) Oración pronunciada por el Ilustrísimo y Reverendísimo se-  
ñor Rector Dr. D. José Vicente Castro Silva en la sesión de clausu-  
ra de este Colegio Mayor.



nos deslustradas por el contacto de la realidad prosaica. Para los unos el tiempo que se va representa una merma de posibilidades y un cercenar continuo de ilusiones; para los otros las horas volanderas tienen voz rumorosa y secreta que va diciendo a cada uno "Tú eres la víspera de ti mismo". Para unos el tiempo es carrera acelerada y sucesión tan inconsistente y frágil como el hilo de arena que fluía de las clepsidras antiguas; para vosotros las semanas y los meses son convoyes portadores del material excelso con que mañana se labrará una existencia aventajada, aplaudida, tal vez dominadora. Unos, en fin, advierten que las agujas cronométricas al discurrir por las doce cifras enigmáticas escriben dos palabras temerosas: "¿Qué hiciste?" y otros leen en el mismo cuadrante esta pregunta que exalta y que intimida: "¿Qué harás?"

Al compás de estas razones quisiera que todos nosotros consideráramos el momento presente, que no es en realidad sino una tentativa de fijar en un punto la movilidad perenne de esta vida estudiantil. Así detiene el tejedor la lanzadera que va y viene entrecruzando los hilos multicolores de un tapiz para estimar qué tan justas y airosas o qué tan insignificantes e inertes son las imágenes, los trazos, las sombras y matices que nacen en la urdimbre. Así contempla y a la par critica la obra realizada, para que de esta visión nazcan el propósito que corrige, el empeño que alienta, la voz interna que confirma y el anhelo tenaz y consciente de ulterior perfección.

Los premios y menciones honoríficas que aquí se distribuyen, apenas son el testimonio que una justicia escrupulosa aun cuando no infalible, da y consagra a los esfuerzos y labores cumplidos por vosotros. Y no sería menester otra finalidad para que una hora como ésta mereciera recuerdo singular y duradero. Habrá quizá quien considere como vanas e inútiles estas tentativas de retribuir el mérito con la publicación de la alabanza y de hacer que concuerden el trabajo hecho con el estipendio del aplauso racional que le es debido. Pero es lo cierto, señores, que todos llevamos en el secreto del alma una exigencia de justicia que reclama algún reconocimiento de la obra buena, de la recta intención,

de la diligencia constante, de la victoria cotidiana sobre uno mismo. Tan grande es este imperativo que donde no sea posible satisfacerlo estrictamente, nos contentamos con el amago y aun con el símbolo de la apreciación desinteresada. Más tarde entenderéis cuán grande es la falta que hace un elogio oportuno y juicioso: por no tenerlo en sazón competente he visto a algunos que perdieron ánimo y bríos, a otros que se dejaron tentar por la desconfianza o la desidia, a otros, que se habituaron a mirar con menosprecio los frutos de la propia actividad, y no faltaron en esa visión los que por no rendirse al estímulo de los galardones honorables, se empequeñecieron gobernándose tan sólo por los apremios penales o por la urgencia bravía de lo imprevisto.

Lo que estoy diciendo no es sino repetición necesaria de algunas ideas y normas que siempre deben inspirar y han inspirado esta sesión de clausura de estudios. Por este aspecto casi no se distingue de tantas otras que se han solemnizado en este claustro y que nunca tuvieron otro sentido que el que deben tener todas las enseñanzas que constituyen la disciplina legendaria que nos legó Fray Cristóbal de Torres. Formar hombres, señores de sí mismos, que con sus grandes letras ilustren la República.

La diferencia entre el día de hoy y los demás días finales del año escolar está en que ni vosotros ni yo podemos pensar en estos deberes de aprendizaje y educación, que muchos adelantan y que algunos concluyen, sin pensar también en el mundo hacia donde nos van encaminando.

Si este mundo no fuera sino el que nos circunda y rodea inmediatamente, el que tiene límites idénticos con el territorio nacional, el que propiamente es nuestro como patria y solar, ya sería muy digno que se tomase en consideración, a fin de medir el alcance de nuestras obligaciones para con él y de prevenir las fuerzas y virtudes con que hemos de engrandecerle y mejorarle. Pero sucede que a este mundo tan nuestro alcanzan de muchas maneras las repercusiones y resonancias de otros pueblos que siempre fueron artífices y maestros de civilización y hoy, por caso amargo, se ven envueltos en múltiple dolor y en desconcertante confusión. Los valores perpetuos sin los cuales la paz, la prosperidad y aun la digni-



dad de las sociedades humanas no subsisten, padecen lejos de nosotros extraña contradicción; dijérase que su certidumbre intrínseca en vez de invocarse como se ha invocado en las Conferencias Panamericanas, y en vez de afirmarse como tutela príncipe del bienestar terrestre que es orden y es libertad, anda en peligro de ser reemplazada por el furor de la mecánica guerrera, por el estrépito de la prepotencia sin entrañas, por la demencia inconcebible que con una mano afina las más estupendas invenciones de la ciencia y del arte, y con la otra prepara y dirige la destrucción de un patrimonio secular de divinos hallazgos y de hermosura irremplazable. Demencia sin ejemplo que aturde a quien se pare hoy a considerar cómo jamás se vio tan sutil y benéfica investigación de las enfermedades y dolencias que corrompen las vidas, y tan tremenda eficacia en las artes homicidas que siembran en una semana más muertes y más desolación que sembró en un año la peste negra que enluteció la Europa medioeval. Demencia sin antecedentes que ha logrado hacer de este siglo tan solícito de preservar y vigorizar la niñez y la adolescencia, el siglo en que a esos cuerpos y ánimos tan defendidos se les ofrecen en veinticinco años dos ocasiones de quedar rotos, perdidos y mutilados por millones en los campos infaustos donde se ventilan las demasías de la multiforme concupiscencia humana.

Estimadores y factores de nuestros propios destinos patrióticos, no podemos ser indiferentes a las causas de la calamidad ajena. Verlas y juzgarlas es preciso para preservar de mal esta tierra cuyo porvenir nos está encomendado.

Mas no se piense que voy a perderme por los atajos de la invectiva fácil o a empeñarme en traer a juicio algún presunto responsable de la remota catástrofe. A imitación de un autor predilecto, diré que el espantable malestar del mundo no es sino una consecuencia del desorden espiritual que hace años lo viene invadiendo apresuradamente.

Al decir "desorden espiritual" quedan circunscritas estas reflexiones familiares al dominio interior en donde nacen primeramente los desequilibrios que luego se manifiestan por defuera engrandecidos y multiplicados y sobrepujantes. Y nótese bien que en ninguna época de la historia las pertur-

baciones y miserias que afligieron a la comunidad y a los pueblos fueron independientes del malestar que a escondidas va trastornando los ánimos hasta determinar un clima o ambiente sociales propicios a las crisis ruidosas que mudan la faz de las naciones, o tuercen el curso de la civilización. Una diferencia sí hay entre los tiempos que hoy son y los que fueron, y es que antaño el desorden interior no tenía los medios y recursos cuasi fabulosos que hoy tiene para manifestarse en lo exterior; por lo cual es muy fácil que, deslumbrados los ojos y la imaginación por el aparato y por los alcances de las fuerzas materiales, vayan los hombres desentendiéndose de que, al fin y al cabo, el desorden espiritual es el que engendra con plazo más o menos largo, los cataclismos exteriores.

Mas para pensar en el desorden circundante se necesita una cierta capacidad de concentración y de análisis. Porque tanto nos hemos habituado al desorden, de tal manera lo vivimos, lo respiramos y lo fomentamos, que casi ha llegado a constituir una necesidad de la existencia. Topamos con él dentro y fuera de nosotros, la prensa lo protocoliza y difunde, el trabajo sufre su influencia, las distracciones y placeres cuentan con él para renovarse, el saber mismo se resiente de su inconexión y contradicciones. Por lo cual decía Valery —cuyas ideas repito— que el desorden nos anima e inspira de tal suerte, que eso mismo que hemos creado con admirable empeño nos arrastra, no sabemos a dónde, y en todo caso hacia donde no quisiéramos ir.

El estado presente del mundo implica sin duda un porvenir, pero un porvenir que nadie, absolutamente nadie es capaz de imaginar y mucho menos de antever. Falla hoy en efecto, la máxima aquella de Cicerón que aprendimos al comenzar los estudios de latinidad: La historia es maestra de la vida; y falla porque cada día que pasa nos convence de que ya no es posible descubrir en el pasado lumbres, imágenes o analogías que nos permitan rastrear, con pasadera verosimilitud, lo que el futuro nos reserva. Depende esto de que en las últimas decenas de años la humanidad se dio a la tarea de organizarse a expensas del pasado, negándolo unas veces,

interpretándolo a su guisa otras, desvirtuando siempre el poderío y la continuidad de la tradición.

A qué se añaden múltiples cambios y mutaciones que nos han sobrevenido en masa y sin intervalos notables. Ya casi no queda rincón ni vericuetos del mundo que no esté reconocido, explorado y sujeto a dominio; los sucesos acaecidos en todos los puntos de la esfera terrestre se conocen universal y simultáneamente en pocos instantes; las ideas y los poderes que otrora tuvimos sobre la materia, el tiempo y el espacio, se conciben y se utilizan de diversísimas maneras y de acuerdo con teorías que de un sol a otro sol se modifican. Los pensadores, los filósofos, los historiadores, aun siendo muy sagaces y eruditos, ya no pretenden, como solían en siglos pretéritos, el cargo de monitores y profetas, y persuadidos como están de que todo es misterio y sorpresa en el porvenir, apartan los ojos de lo advenidero y prefieren sumirse en las filigranas y minucias de sus respectivas disciplinas. Como en la Edad Media se descrismaban los sabios elucidando cuestiones tan abstrusas como la de la distinción real mayor o real menor entre la esencia y la existencia, así hay en nuestros días quienes se agotan en una polémica sobre si las ideas morales que en el siglo XII profesó Juan de Salisbury en su *Policráticus*, coinciden o no con las de su coetáneo Marbodius, autor de una célebre *Lapidicina*. Me hace pensar esto en que allá las eruditas sutilezas se cultivaban para suplir o entretener la falta de datos y experiencias acerca del mundo físico, y que si hoy no faltan los enamorados de cuestiones tan quebradizas e insolubles como esotras, es porque desconfían de poder entender la complicadísima inestabilidad del mundo humano. Y en cuanto a los maestros en el arte de gobernar a los pueblos y a sus riquezas ¿dónde está hoy el que garantice sus propios vaticinios, visto que hay momentos en que nadie sabe distinguir, pero de veras, la guerra y la paz, la abundancia y la ruina, la victoria y la derrota, el adelanto y el retroceso?

Algún viajero refería —así lo apunta Valery— cómo navegando con una escuadra poderosa entre Toulon y Brest, presencié el caso de que seis acorazados y algo así como treinta naves subordinadas, tuvieron que inmovilizarse en un pa-

raje mal seguro, porque una bruma impenetrable estorbó en un instante el libre juego de la maquinaria estupenda y la visión de los hombres de ciencia, de valor y de disciplina que presidían la escuadra con todos los recursos de precisión y de eficacia que ofrece la técnica moderna.

Un contraste hay aquí muy comparable al que nos ha tocado presenciar en otro orden más complicado. Enceguecidos e impotentes andan los hombres, a pesar de que se hallan armados de conocimientos y provistos de poderes omnímodos en un mundo equipado y organizado por ellos con tanto primor y solicitud que vino a convertirse en un prodigio de complejidad y en un enredo intrincadísimo.

El espíritu trata entonces de clarificar esta amalgama turbia, de presagiar lo que de ahí va a engendrarse, de discernir en este caos las corrientes insensibles, y de precisar las líneas cuyas intersecciones eventuales serán los acontecimientos del mañana. Y otras veces ese mismo espíritu atiende a mantener lo que le parece esencial en lo que fue, en lo que aprendió, quiero decir, lo que estima y cree indispensable para que la vida civilizada no fenezca. Lo cual no obsta para que también piense el desatino de que podría hacerse tabla rasa y tal vez construir un nuevo sistema del universo humano.

Pero aquí surge la cuestión inevitable de cómo hará el espíritu para preservarse a sí mismo, para mejorar sus condiciones de existencia que lo son también de su desarrollo, para esquivar los peligros que amenazan sus virtudes, sus fuerzas y sus bienes que son ante todo su libertad, su dignidad y su profundidad.

Esta cuestión existe, y ya que no sea posible examinarla a fondo entre otras razones porque es amplísima y porque quien la estudia de cerca corre el riesgo de que la visión se le haga más confusa cuanto más vecina, tendré que contentarme con formularla copiando a Valery.

La más superficial exploración de los dominios generales de la actividad humana, de los órdenes del poder y del saber, permite observar en todos y en cada uno de ellos los caracteres del estado crítico. Empezando con la economía, y siguiendo con la ciencia, las letras, las artes, la libertad, las

costumbres... todo se halla tocado por la crisis. Sobran los detalles para afirmar que el mundo moderno con todo su poderío, poseedor de un capital técnico sin precedentes, penetrado enteramente por los métodos positivos, no ha podido crearse una norma ideal que se armonice con los modos de vida que ha fabricado ni aun con las maneras de pensar que le ha impuesto poco a poco a todos los hombres.

¿Queréislo entender? Pues fijémonos en que el hombre mismo, ese hombre de que tratan las leyes que rigen el mundo civil y el mundo político, ese que denominamos ciudadano, elector, contribuyente o justiciable, quizá no es de todo a todo, el mismo hombre que algunos sistemas actuales de biología o psicología o de psiquiatría definen y puntualizan. De que se sigue que unos mismos individuos aparecen ora como responsables, ora como irresponsables, y los tratemos de lo uno o de lo otro, según la ficción que se adopte, según el caso y el momento, o, como dice alguien, según nos hallemos en un estado jurídico en un estado puramente positivo y fenomenal. Así habrá también casos en que un mismo espíritu dé abrigo al ateísmo y a la creencia desaforada, a la anarquía en los sentimientos y a una doctrina de orden en las opiniones. Y aun sucederá que muchas personas se habituaron a tener sobre un asunto idéntico variedad de tesis o tesis de recambio que van informando su actitud y sus juicios de un día para otro, de un interlocutor a otro, según sea la excitación que de presente los gobierne.

Todo ello sirve para medio esclarecer la edad contemporánea. Tan vano es y tan inoficioso querer representársela sobre un solo plano y con una sola escala, como conjeturar lo que habrá de seguirse a este desconcierto mundial basándonos en las lecciones de la historia. ¿Quién no ve, en efecto, que el número y la importancia de las novedades tan prestamente introducidas en el universo humano, ha abolido la posibilidad de comparar lo que acaeció hace cincuenta años con lo que pasa a nuestra vista? Se introdujeron energías, se inventaron medios, se adquirieron costumbres tan diferentes como imprevistas; y amaneció un día en que parecieron haberse anulado los valores, disociado las ideas y arruinado los sentimientos que habían vencido veinte siglos de vicisitudes,

sin que para expresar un estado de cosas tan nuevo, tuviéramos otro lenguaje ni otras nociones que las inmemoriales consagradas por la sensatez de aquellos mismos veinte siglos.

El mundo se halla en suma y finiquito, sujeto a condiciones no sólo extrañas, sino esencialmente movedizas porque sufren la influencia de las creaciones e invenciones que promete el intelecto para mañana; esta es, en otros términos, la era de las expectativas sin límites, justificadas por éxitos pasmosos, pero es también la era de las decepciones inmensas y de los presentimientos lóbregos.

¿Qué es del espíritu, entre tanto? En vez de definirlo, me limitaré a afirmarlo rotundamente. ¿Con qué derecho? con el que me da la evidencia de que más allá de todas las fuerzas materiales que agitan el mundo, hay otra que las descubre y las cautiva, las opone o las conjuga entre sí, y esto no en beneficio o en daño de otras energías de la misma condición mecánica, sino para servir a eso impalpable, a eso incoercible, a eso trascendente, a eso inmaterial que se llama una idea, un propósito, un sentimiento, una ambición, un odio o un amor.

No es el espíritu un mero instinto hábil para satisfacer las necesidades inmediatas, porque, satisfechas o no, es capaz de crear teorías, sistemas y fantasías, sobre esa misma sensibilidad; A quién, si no es al espíritu, hemos de atribuir esa transformación milagrosa que realizan el poeta y el músico cuando trasponen sus afectos y entusiasmos, sus tristezas y duelos en versos y en notas que guardan y propagan y comunican todo un caudal de vida interior mediante el empleo del artificio técnico! Cambia el espíritu los dolores en obras, cambia en juegos la fatiga, cambia el estupor ingenuo en curiosidad y la curiosidad en ansia de conocimiento. De las combinaciones numéricas se alzó a edificar ciencias en sumo grado abstractas, y así me imagino que los geómetras primitivos absortos en el pasatiempo divino de medir líneas, planos y volúmenes, jamás soñaron que sus cálculos acabarían proyectándose en el firmamento y aprisionando los astros con más seguridad que la red cazadora aprisiona las aves o los peces.

Y porque el espíritu es superior e inexhausta potencia de transformación, he aquí que se inclinó sobre el íntimo se-

creto de los hombres que es hermandad y mixtura de amor y de temor, y les dio poder de expresarse en el templo que es súplica de piedra, en las agujas que penetran los cielos, en los estadios donde se aposenta el eco del aplauso al movimiento vivo y armonioso.

Pero también es cierto que el espíritu parece olvidarse en ocasiones de que Dios lo hizo para regular nuestra ascensión constante hacia la unidad y la concordia; agujonea entonces unilateral y aisladamente la actividad de esta o de la otra facultad, con menoscabo del concierto a que todas deben concurrir, y germina el desorden que un máximo pensador francés sintetiza con estas palabras: "El origen de la crisis actual hay que buscarlo en la preponderancia del capitalismo de las ideas y de los conocimientos sobre la conciencia del deber moral y de la justicia trascendente".

Crea, pues, el espíritu con frenesí y aceleración desatentados, crea y multiplica medios materiales y mecánicos de ingente poderío, desencadena sucesos de alcance y proyecciones mundiales, modifica inopinadamente el temple de lo individual y de lo social, y todo ello se le impone a la humanidad sin orden, sin plan preconcebido, sin atender, sobre todo, a la naturaleza misma, a sus destinos ulteriores, al proceso de su desarrollo gradual, a sus limitaciones originales, a las leyes de su perfección equitativa y simétrica. Así hemos venido a contemplar una situación en que todo lo que sabemos y todo lo que podemos se opone a lo que somos; así hemos llegado a una época en que "se llama paz un estado de cosas en que la hostilidad de los hombres entre sí se manifiesta creando, como en ese otro estado de cosas que se llama guerra, se manifiesta destruyendo".

En horas de perplejidad se pregunta uno si el espíritu será capaz de dominar el caos y de rectificarse a sí mismo. La respuesta será afirmativa y sin vacilaciones a condición de que el espíritu comprenda y realice que más allá de las fuerzas físicas que le están subordinadas y más allá de su saber incompleto y fraccionario, y más allá de sus errores y flaquezas, y más allá de sus conatos y tanteos, está una regla de sabiduría incontestable y de divina autoridad. No nos es lícito dudar de ella después de haber afirmado internacional-

mente en Lima el artículo sobre defensa de los derechos humanos. ¡Derechos humanos! Oh, y cómo suena allí este nombre con cierta rigidez axiomática que se avecina a la de los valores absolutos. Así es, sin duda, porque la intangibilidad de esos derechos es una mera consecuencia de la ordenación divina e incontrastable en que se fundan. Que si allí mismo se consagra en frase desnuda y perentoria la ilegitimidad de la fuerza para resolver conflictos nacionales e internacionales no puedo menos de ver en esta norma bruñida por la verdad, una prolongación maravillosa de otro divino mandato que no permite resolver los íntimos conflictos morales con los arrebatos de la pasión famélica, sino con la templanza de la razón augusta.

Excelentísimo Señor:

Ocupando ese puesto que os corresponde como Patrono del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, no sólo estáis ejerciendo el cargo que garantiza y ampara las constituciones de este hogar de los próceres, sino que estáis mostrándonos a todos cómo se cumplen en vuestra persona los propósitos del fundador. Si algún elogio hubiera de haceros, sería harto insignificante comparado con el que se puede y se debe tejer en honor vuestro con las propias, seculares palabras del Arzobispo Fray Cristóbal. Aquí, señores Colegiales y alumnos, estáis viendo de bulto lo que pretendía él cuando escribía a mitad del siglo XVII: que este Colegio habría de ser "congregación de personas mayores de donde saliera el honor y prez de la República".

El espíritu de que acabo de hablar es el primer factor con que debemos contar para engrandecer y servir esta República que, en la entraña de nuestras constituciones aparece, después de Dios, como el motor supremo del trabajo que aquí debe realizarse.

Y cuando faltara la definición imperativa y constitutiva de Fray Cristóbal (que vemos cumplida en vos, señor) podríamos reconstruirla sin error atendiendo a la historia. Porque sabemos muy bien que en plena colonia, y saliendo apenas de la Corte que lo reverenció por Maestro insigne, el Arzobispo se desligó de su época para señorear el Porvenir.

Para el futuro, ¡oh Gran Prelado, oh Fundador vidente!  
juntasteis aquí a los mejores bajo el signo del espíritu y pa-  
ra que amaran la patria grande advenidera, les inventásteis  
esta patria minúscula del Claustro.

